# CAPITULO XIII.

Movilizacion de la guardia cívica.—Suscriciones para su armamento.—Legion de voluntarios y estudiantes.—Revolucion de Venecia.—Funerales en Roma por las víctimas de ella.—Espulsion de los jesuitas de Roma.—Revolucion de Milan.—Pónese á la cabeza del movimiento italiano Cárlos Alberto.—Revolucion de Berlin.—Proyectos de venganza contra los conjurados de Julio. —Alzanse las restricciones que comprendia la amnistía.—Conatos de estinguir las órdenes religiosas.—Evacuan los austriacos á Comachio.—Robo de la cabeza de San Andrés y su hallazgo. —Armase en Roma una legion polaca.—Crisis monetaria.—Regalan las damas de Génova dos cañones á la cívica.—Secularizacion de los gobiernos de las provincias.—Motin de trabajadores —Clamores por la liga italiana.—Diputados nombrados para esta liga.—Obsequios que reciben á su llegada á Roma.—Proyectan poner á Pio IX á la cabeza de la liga.—Su situacion por su doble carácter.—Consistorio de los cardenales para hablar de la guerra.—Ansiedad de Roma.—Encíclica del papa.—Disgusto del pueblo.—Dimision del ministerio.—Esposiciones al papa de la guardia cívica.—Agitacion.—Ciérranse las puertas de la ciudad.—Apodéranse de la correspondencia de los cardenales.—Mensage al papa.—Mamiani y Sterbini directores del movimiento. —Angustiosa situacion de Pio IX.

La noticia de haberse apaciguado la capital del imperio austriaco, con las concesiones y libertades que le habia otorgado el emperador Fernando, destruye muchas esperanzas, empero pasando rápidamente de estos sentimientos á los hechos, se dispone la movilizacion de los cívicos voluntarios, abriendo un alistamiento durante el dia 22 y su noche, para disponerse á marchar á Bolonia.

El dia 23 parten estos batallones formados con toda premura al mando del coronel Bini, en medio de los aplausos de una inmensa muchedumbre. Al mismo tiempo, el edicto de las autoridades anunciando que se abren suscriciones para el armamento y vestuario de estos voluntarios en las plazas de Vennecia, Colonia y San Eustaquio, hace que se recojan numerosas cantidades porque los príncipes romanos, bien sea por patriotismo, bien sea por miedo y deseo de asegurar sus cuantiosos bienes, entregan crecidas sumas.

El general Durando fué destinado al mando del cuerpo de operaciones en los confines de Módena y Lombardía; el general Ferrari se puso á la cabeza de los guardias cívicos y voluntarios que partian al campo de batalla.



Apenas habia despuntado el alba del dia 26 de Marzo, el tambor daba la señal á los cívicos que debian partir al campo. Turbas inmensas del pueblo los acompañan hasta cerca de tres millas de la ciudad, en medio de las mas ardientes aclamaciones, acompañándoles hasta el *Ponte Mole.*

Esta legion voluntaria de ciudadanos soldados, y de los estudiantes de la universidad de Roma, ascendia únicamente á mil doscientos hombres, cantidad demasiado insignificante para el entusiasmo que se manifestaba en Roma: verdad es que no es lo mismo demostrar con gritos este entusiasmo en las calles y en las plazas, que esponerse á verter su sangre sobre los campos de batalla.

Los mas ardientes de entre los cívicos y estudiantes, formaron un cuerpo de tiradores, en número de seiscientos hombres, que tambien salieron de Roma el 27 de Marzo.

La irritacion de los espíritus era grande en toda la Italia. El 17 de Marzo llega á Venecia la noticia de la constitucion concedida por el emperador de Austria á todos sus súbditos. El gobernador conde de Palfg proclama aquella misma noche esta noticia en el teatro, y á su grito de viva Fernando rey constitucional, contesta la muchedumbre, ¡viva la Italia! Estas dos aclamaciones presentaban con toda claridad la cuestion.

Al dia siguiente el pueblo se reune en la plaza de San Márcos, penetra en las prisiones de estado, saca de ellas á Tomaseo y Macini, presos hacia tiempo por sus ideas liberales, los coloca á su cabeza, combate valerosamente por espacio de dos dias, se apodera del arsenal, asesina al almirante austriaco Mariano Wich, y arroja de su suelo á los austriacos proclamando la república el dia 19, nombrando presidente á Macini, y á Tomaseo uno de los ministros.

El Círculo Popular, el dia 27 al saber estas noticias, va á la iglesia de San Márcos, donde hace cantar un solemne *Te Deum* en accion de gracias al Altísimo por la libertad de Venecia. Despues, la multitud, con muchas banderas á su cabeza y cantando el himno de la Union, segun costumbre, apenas llega la noche, se dirige con actitud amenazadora en dos formidables grupos á la casa profesa de Jesus y á la iglesia de San Ignacio, é intiman á los jesuitas en medio de las mas temibles amenazas, que en el término de tres dias evacuen sus conventos, porque su presencia era incompatible en un pais constitucional. Los voluntarios romanos, al partir, habian manifestado tambien su resolucion de que los jesuitas fuesen espulsados.

El ministerio, sin fuerza para defenderse, empero no queriendo obedecer las órdenes tumultuosas del pueblo, publica un decreto por el que el papa permite que lo Compañia de Jesus se aleje de sus estados, dejando el hábito religioso y abandonando sus conventos y

casas. El cardenal Castruchio Castracani, notifica al padre Rootan, prepósito general de la Compañia esta decision, intimándole su cumplimiento para el dia siguiente.

El pontífice, que habia adoptado esta medida, habia tomado tambien providencias para que encontrasen en los puertos de sus estados recursos y buques en que embarcarse. La mayor parte lo hicieron en Civita-Vecchia, y de allí pasaron á los estados de América.

Las turbas del pueblo, llenas de curiosidad, fueron al dia siguiente á las puertas de los conventos, para ver salir á aquellos religiosos, cuya desgracia hacen mas amarga con espresiones irónicas é insultantes.

Un veneciano llamado Ludovico Rocheti, profirió algunas palabras de piedad hácia aquellos desterrados de la revolucion, y hubiera perdido su vida sin la intervencion de algunos guardias cívicos, que atándole con las correas de sus fornituras lo condujeron á la cárcel pública.

La Compañia de Jesus, restablecida en Roma en tiempo de Leon XII, fué espulsada nuevamente bajo el aparente pretesto de una licencia.

No era la primera vez que este instituto religioso habia sufrido tan terrible vicisitud, habian sido espulsados de Venecia en 1606, de Bohemia en 1618, de Nápoles en 1622, de las Indias en 1623, de Rusia en 1676, de Francia en 1764, de España, por Cárlos III, en 1767, de Portugal en 1769, y de Roma en 1773, y en casi todas estas naciones habian vuelto tambien á ser admitidos!

Venecia habia sacudido el yugo del estrangero, habia proclamado su independencia y su libertad. Milan, en los dias 18 y 19 levántase tambien en masa contra la guarnicion austriaca; combate con el valor que inspiran la desesperacion y el amor á la independencia, y arroja de la ciudad á la guarnicion. El anciano cuanto valiente general Radetzky no puede resistir al ímpetu escesivo de una poblacion entera, y saca al campo sus soldados. Toda la Briansa se halla en una completa insurreccion. Módena arroja de su seno al duque reinante, lo mismo que á los *Tedescos*, y constituye un gobierno popular.

El mismo dia 27, el conde de Rignon, encargado de una comision especial por el rey de Cerdeña, llega á Roma con noticias favorables, declarando que á la cabeza del movimiento italiano para sostener la independencia de la península-itálica, iba á colocarse el rey Cárlos Alberto, quien con este objeto habia dirigido una proclama á sus pueblos.

El entusiasmo revolucionario adquiere grande incremento en Roma con la llegada de otra noticia importantísima.



Berlin se habia sublevado y batido las tropas del rey. En ninguna nacion parecia mas fácil el establecimiento de una constitucion. Preparada hacia largos años por sus hábitos, sus costumbres y una larga práctica de instituciones provinciales muy liberales y arraigadas en el pais, un rey justamente estimado por la lealtad de su carácter habia tomado la iniciativa del cámbio político, y por las vias de la moderacion y de la conciliacion completa en sus estados una revolucion pacífica igualmente provechosa á la nacion que al trono. Una minoría violenta, subversiva, que como todas las minorías no calcula jamas el tiempo, cuenta suplir este elemento indispensable de toda obra humana con la agitacion violenta. Así es que el movimiento lento, progresivo, seguro, que conducia al pueblo prusiano por reformas oportunas á una libertad moderada, se convirtió en una revolucion sangrienta de tendencias republicanas.

Parecia que Dios habia retirado su mano poderosa de las naciones, y que se habia apoderado de ellas un vértigo fatal, una fiebre violenta, cuyas pulsaciones se revelan por un violento sacudimiento.

El espíritu de venganza se manifiesta en Roma en medio del entusiasmo, entre los partidos, y piden que se castiguen á los arrestados por la conjuracion que se suponia tramada el 17 de Julio de 1847, dando motivo á la formacion de el *gran proceso*, cuyo nombre se le daba por el gran número de encausados.

Exigen imperiosamente la terminacion del proceso, por lo que el gobierno, siempre dócil á las inspiraciones del pueblo, ordena que aquel se ultime y concluya para el 17 del próximo Abril.

La amnistía dada por Pio IX al inaugurar su pontificado contenia algunas escepciones.

Varios de los esceptuados habian ya esperimentado la clemencia del pontífice-rey, empero aun quedaban fuera veintiseis individuos. Un decreto de 29 de Marzo borra enteramente esta escepcion, y les permite volver libremente y sin condiciones á su pátria.

El comandante de la guardia cívica determina reforzar la fuerza de ella creando una division de artillería.

Las provincias de los estados pontificios, á imitacion de Roma, forman tambien legiones de voluntarios, siempre escasas en número, y las dirigen igualmente sobre el campo de batalla.

La espulsion de los jesuitas reanima las esperanzas de los que quisieran ver estinguidas todas las órdenes religiosas, y en la noche del 31 de Marzo aparecen sobre todas las puertas de los conventos grandes carteles, anunciando satíricamente *que se alquilan aquellas casas*. Trató, pues, el gobierno de asegurar á los religiosos sobre la estabilidad de sus institutos, y vigiló cuidadosamente para que no volviesen á repartirse semejantes pasquines.

Todo sonreia por un momento á la causa de la independencia

italiana. Pio IX promulga un edicto el 30 de Marzo, en que invita á todos los creyentes á atribuir únicamente á la Providencia Divina los sucesos actuales de la Italia. Aquel escrito fué recibido con universal júbilo y veneracion.

Un nuevo motivo de alegría se agrega. Comachio con su fortaleza, es evacuado por los tudescos. Una columna compuesta de cívicos y de refuerzos llegados de Bolonia los habia obligado á capitular. Los austriacos no habian podido llevar consigo mas que los uniformes, sus armas, y los objetos de su peculiar pertenencia.

Con brillantes auspicios comenzaba la revolucion de Italia. Los romanos se hallaban llenos de contento: hasta un suceso ageno á la política, que habia contristado profundamente al pontífice, regocija la ciudad de Roma.

En el mes de Febrero habia sido robada de la iglesia del Vaticano el relicario que contenia la cabeza de San Andrés apóstol. Al precio infinito de la reliquia que contenia, se añadia el de su valor esterior, que era de cerca de dos mil escudos (40.000 reales). Grandes habian sido las diligencias practicadas para el descubrimiento de este sacrílego hurto, llegándose hasta ofrecer la cantidad de 500 escudos al descubridor. La cabeza del Santo apóstol es descubierta al fin tal vez por el mismo reo, en el secreto de la confesion, y hallada, se traslada con una pompa estraordinaria á la iglesia de San Andrés, y desde allí en una solemnísima procesion á que asisten el pontífice, el sacro-colegio, los estudiantes de la universidad de Roma, todos los casinos con las banderas italianas y romanas, la guardia cívica, el batallon de niños de la Esperanza y la poca caballería que aun permanecia en Roma, á la Basílica de San Pedro (1). La ciudad entera se ilumina de una manera brillante por la noche como en las grandes solemnidades.

(1) *Plaza de San Pedro.* No titubeamos en afirmar que es la mas hermosa de las plazas del mundo; aun despues de haber visto la plaza de la Concordia de Paris, desde la cual se divisan al frente el magnífico arco de la Estrella, detras las Tullerías, á la izquierda la Magdalena, y á la derecha la Cámara de los representantes; y aun tambien despues de haber visto la plaza de San Márcos de Venecia.

La inmensa plaza que precede al templo de San Pedro, esa maravilla del mundo, está rodeada de una doble y gigantesca columnata que la circunda. Dos fuentes colosales arrojan las aguas dia y noche á tan grande altura, que bajan convertidas en blanquísimo vapor. Allí se vé la magnífica fachada de la Basílica, á que se sube por un gran número de escalones de piedra, con espaciosos descansos, y cuyo peristilo guardan como eternos centinelas las estátuas ecuestres de Constantino y Carlo-Magno, ostentándose en medio de la plaza el obelisco de Heliópolis, traido á Roma por Caligula, y alzado allí magestuosamente por Fontana en el pontificado de Sixto V, empresa grande, vanamente intentada por otros papas: la columna tiene mas de cien pies de altura. Miguel Angel, que no retrocedia delante de ninguna dificultad del arte, Miguel Angel que habia construido la cúpula de San Pedro que parece está suspendida en los aires, retrocedió ante este prodigioso trabajo. Sixto V, el papa de las empresas gigantescas, quiso que en los siglos futuros brillase su memoria sobre la cúspide del coloso egipcio.

Al penetrar por la puerta de San Pedro, al hallarse uno sobre el suelo de aquella iglesia sublime, el alma esperimenta una série no interrumpida de sorpresas y encantos que se complace en resucitar como el mas hermoso de sus recuerdos, pero que la palabra no puede desenvolver ni esplicar.

Así solo podemos decir, hemos visto la iglesia de San Pedro!.... Hemos bajado á su confesion, especie de capilla subterránea donde dicen que se guarda parte de su santo cuerpo, y del apóstol San Pablo, y donde noche y dia ciento doce lámparas de plata colocadas en una balaustrada circular arden en su honor. Hemos recorrido la iglesia subterránea donde se conserva aun el pavimento de la primitiva, construida por Constantino sobre el mismo circo donde Neron inmoló los primitivos cristianos, mártires generosos, cuyos cadáveres yacen allí, y por cuya razon los pontífices que cooperaron á la construccion de la iglesia de San Pedro, recomendaron siempre á los arquitectos el dejar intacto el pavimento donde era el cementerio, y sobre el que se levantó la mas célebre Basílica del mundo.

En estos subterráneos donde condensado el aire hace penosa y dificil la respiracion, están sepultados diversos papas y príncipes, cuyos soberbios mausoleos de piedra y bronce adornan la iglesia de San Pedro. Allí duermen en sus magníficos sepulcros los desgraciados Stuardos, la inicua Cristina, reina de Suecia, que de todas las joyas de la corona que donó á la iglesia solo se reservó una espada para asesinar á su amante Monadelchi, y la bella é ilustre amiga de Gregorio VII, la princesa Matilde, que hizo la tiara tan amable como poderosa, y cuya estátua con la tiara en la mano y las llaves está entre las de los pontífices; cuyos sepulcros y estátuas adornan las naves de la Basílica como honraron en vida el trono pontificio. El altar mayor está alzado sobre la confesion de San Pedro, bajo un magnífico dosel de bronce sostenido por cuatro columnas del mismo metal arrancado del panteon de Agripa, obra admirable de Bernini, ejecutada por órden de Urbano VIII en 1633, cuyo dosel costó solo su dorado treinta mil duros ó escudos, y cuatro millones de oro su hechura, siendo su altura de 124 palmos. El altar está vuelto al Oriente, segun la costumbre de la primitiva iglesia, y solo celebra en él el pontífice.

Alzamos la vista á la inmensa y prodigiosa cúpula cuyo remate apenas se percibe desde el suelo, cuyas pinturas todas son de riquísimo mosáico, y en donde en el entablamento interior donde comienza esta única y singular cúpula, está escrito al rededor en letras de siete pies de altura: *tu es Petrus et super hanc Petram edificabo Eclesiam meam et dabo tibi claves regni cœlorum.* Desde el pavimento de la iglesia subterránea al final de la cúpula hay 435 pies de altura!!!

Contemplamos la tribuna que contiene la silla de San Pedro adornada por los planos de Miguel Angel. Allí sobre un altar de hermosos mármoles, al que se sube por dos graderías de pórfido, cuatro colosales figuras de bronce dorado, obra del inmortal Bernini, representando cuatro doctores de la Iglesia, dos de la latina y dos de la griega, sostienen una gran silla tambien de bronce dorado en cuyo interior está, dicen, encerrada la que sirvió á San Pedro. En este inmenso edificio todo es mármol, lapislázuli, pórfido, bronce, marfil; la piedra apenas aparece mas que para completar la decoracion de este gran templo, cuyo centro parece vacío casi, cuando solo contiene tres ó cuatro mil espectadores. Las ceremonias religiosas que se celebran en él en las grandes solemnidades participan de un brillo poético, triunfal, sobrehumano, donde las nubes de incienso, los cánticos de celestial música, el esplendor y riqueza de las vestiduras sacerdotales, revelan la naturaleza de Dios y del hombre. La iglesia de San Pedro es á la vez la obra maestra del catolicismo y del arte, un templo y un museo.

Costó su construccion al tiempo dos siglos, al pontificado ocho papas, y al tesoro de todos los fieles mas de ochocientos millones de reales!



El 3 de Abril el ciudadano frances Pallamade de Formin, embajador de la república francesa, presenta en el Quirinal sus credenciales al príncipe de la cristiandad.

Las noticias de Viena no solo habian reanimado por un momento el ardor de los romanos, sino que algunos emigrados polacos, que habiendo encontrado los años anteriores un asilo en aquella ciudad, creyeron en medio de la agitacion universal que conmovia la Europa, llegado el momento de hacer algo por su patria, armáronse para combatir por ella; y el dia antes de su marcha reciben del Círculo Popular y del Romano en un banquete una bandera tricolor italiana con las armas de Pio IX, bandera que aceptan con la mayor emocion, que besan respetuosamente y que juran desplegar en medio de todos los peligros sobre los campos de batalla cerca de la heróica Varsovia.

Una crísis financiera, espantosa, terrible, habia aquejado la Francia, la Inglaterra, la Alemania y la España. La agitacion de la Europa habia producido necesariamente una paralisis en las operaciones comerciales. La banca romana se resintió de este golpe; y

voces insidiosas aconsejaron que se realizasen repentinamente todos los billetes que habia emitido. Oprimida la banca con tantas é imprevistas demandas de realizar, no pudo satisfacer sus pagos.

En vano los directores de la banca romana invocan la memoria de su antiguo crédito, y reclaman la confianza del público procurando calmar sus temores; la banca hubiera quebrado infaliblemente si el gobierno no hubiera venido en su ayuda. El ministro de hacienda decreta que el recibo de los billetes del banco sea obligatorio para todos durante tres meses, en cuyo tiempo el gobierno tomaria una medida. El numerario, ya escaso entonces, desaparece enteramente, porque la banca romana habia emitido billetes de la cantidad de un escudo (20 reales), dos escudos, cuatro escudos, cinco escudos y así sucesivamente. El término de tres meses era demasiado corto; así es que el público vió en esta promesa un engaño, pues que el gobierno necesitaba sustituir al banco otro establecimiento que desempeñase las primeras operaciones.

Hemos visto á los romanos continuamente en la agitacion y en las fiestas. El menor motivo, la mas insignificante circunstancia, daba ocasion á una de éstas.

Las damas de Génova habian regalado á la guardia cívica de Roma dos cañones montados: habian llegado éstos de Civita-Vecchia, y fueron recibidos en las puertas de Roma por la guardia cívica, siendo en seguida paseados públicamente por las calles.

Habiendo empezado á entrar en el ministerio los seglares, no se limita el pontífice á concederles solo estos cargos: ellos preludian la secularizacion general de todos los empleos del estado.

Las provincias de Rávena, Urbino, Pésaro y Rieti, son administradas desde entonces por pro-legados seculares.

El cardenal Mezzofanti hace voluntariamente dimision de su cargo de ministro de instrucion pública, y es reemplazado por el cardenal Vizardelli.

A los desastres financieros que afligen el estado se agrega otro peligro grave que compromete por unos momentos la traquilidad pública, pero que al fin puede reprimirse. Una gran multitud de trabajadores se reunen en la plaza de los Santos Apóstoles, prefiriendo tumultuariamente espresiones de venganza. La insolente turba companíase por la mayor parte de vagos y de criminales. Tres eran los mas temerarios, y entre ellos se hacia notar un tal Antonio Ciucci, hombre facineroso, condenado ya por la policía como ladron: dirígense todos por varias calles á la plaza Colonna, y vienen á reunirse en la calle del Corso en número de unos ochocientos hombres. Pedro Sterbini, abogado, arengó á esta multitud con elocuencia y firmeza; el príncipe Borghese por su parte suministró algun dinero á los amotinados, y les exhortó tambien á entrar en el



órden. El ministro de la policía, Galleti, vió que todos los amotinados eran de la ínfima clase, y que mas que por la estrema indigencia eran conducidos á la revolucion por una mano desconocida que los dirigia. Hace, pues, que en aquella misma noche todos los nacionales se derramen por la ciudad, lo que ejecutan con una celeridad admirable, y quedan presos todos los vagos y los mas criminales; empero al anochecer los demas, dirigidos por las mismas turbulentas personas se reunen en varios puntos de la ciudad, si bien al aproximarse las patrullas se disipan; pero recorren varios lugares, y entonces gritan *pan y trabajo*. En aquella misma noche se hacen unas doscientas prisiones, y con esto la tranquilidad queda restablecida.

La idea de la liga italiana era el pensamiento dominante de los pueblos, quienes conocian que sin ella serian nulos cuantos esfuerzos hiciesen para obtener la independencia de la península itálica. Los soberanos estaban dispuestos á concederla. Pio IX, el padre de la libertad de Italia, el que primero habia iniciado el sistema de las reformas, era el hombre mas propio para presidir á esta federacion.

Fernando de Nápoles habia prometido nombrar sus representantes para ella, y así lo anuncia en una proclama á sus súbditos, firmada el 9 de Abril, al mandar, cediendo á las instancias de sus pueblos, parte de sus soldados, para que al lado del rey Cárlos Alberto, combatan por la independencia de la península.

La esperanza de esta liga exalta el ánimo de los romanos, que noticiosos de que cerca de Roma, en la vecina Tívoli, existian algunos de los jesuitas que habian salido de la ciudad en el mes de Marzo, propalan que allí se estaba formando un *sonderbund*, para valernos de la acostumbrada frase, y tratan de marchar á Tívoli para arrojarlos á la fuerza. El obispo de Tívoli para evitar una sangrienta catástrofe, ordena de oficio la salida de los jesuitas, incautándose de sus bienes y sus casas.

La tempestuosa ondulacion política en las actuales circunstancias, presenta una especie de fantasmagoría para fascinar á los pueblos.

Los diversos representantes de los estados italianos iban á constituirse en una Dieta ó Liga, y la voluntad unánime de todos los pueblos de la Italia, era que fuese presidida por Pio IX. Ya el rey de Nápoles, como lo habia prometido, habia enviado á Roma sus representantes, los que habian llegado el 18 de Abril y presentádose al Quirinal: eran los príncipes del Colubrano y del Parano; el coronel Gamboa, Casimiro del Lietto, el duque de Prato Palavicino y los dos secretarios Rujero Bonghi, y Alfonso Dragoneti. La Sicilia entra tambien en la liga; empero como se considera estado independiente de la Italia, elige sus representantes separadamente de Ná-